

## COMBONI “SANTO”, INVITACIÓN A RECORDAR...

“Recuerda el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer ...” (Dt 8, 2)

El Capítulo '97 nos invitaba a “recordar”, esto es, a *hacer memoria de nuestro recorrido misionero*, en el contexto del evento de la beatificación del Fundador (17 de marzo de 1996) y en proximidad del Jubileo de la Redención, para “recomenzar desde la Misión con la audacia del beato Daniel Comboni”: nn. 1-9.

Es una invitación siempre actual, que recibe nuevo impulso con la canonización del Beato Daniel Comboni. Este evento constituye “una fuerte llamada a la santidad, a la radicalidad evangélica, a la oración, a una profunda comunión con Dios, de la cual él ha dado auténtico testimonio. El Comboni santo recuerda a cada comboniano/a que el “correr a paso largo los caminos de Dios y de la santidad” (E 2375), el ser “santos y capaces” (E 6655) son exigencias inderogables porque nuestra vida de consagrados/as a Dios para la Misión se realice en plenitud y produzca abundante fruto apostólico”<sup>1</sup>. Comboni santo nos invita a promover “la pastoral de la santidad” en nuestras comunidades y así ser misioneros/as “santos y capaces para hacer causa común... con los más pobres y abandonados”(Daniel Comboni).

Es significativo además que esta llamada a la santidad, ligada a la canonización de Comboni, coincida con aquella de Juan Pablo II en la Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte* (cf nn. 30-31), donde sugiere volver al Capítulo V de la LG, para redescubrir todo su valor programático para la vida de los cristianos al inicio del Nuevo Milenio. Es, por tanto, una llamada que concierne también al misionero/a y a los destinatarios de la actividad misionera. Es una llamada que remacha la afirmación de la RMI: el verdadero misionero es el santo, porque “la *universal vocación a la santidad* está estrechamente unida a la *universal vocación a la Misión*: cada creyente es llamado a la santidad y a la Misión” (90).

El primer paso *para hacer memoria de nuestro recorrido misionero*, es engancharnos a nuestro Fundador y Padre y a la tradición viva de tantos cohermanos/as, “que, con su propia vida, han testimoniado el Evangelio en medio de dificultades, sufrimientos, persecuciones e incluso hasta el derramamiento de sangre”<sup>2</sup>.

Este recordar es, por tanto, consecuencia de nuestra presencia en la Familia Comboniana como respuesta a la llamada divina a ser misioneros/as siguiendo las huellas de Daniel Comboni: RV 1; 20; 81.

Esta respuesta significa, en efecto, que hemos hecho nuestro el “camino evangélico”, esto es, que hemos aceptado “morir” a una vida vivida según nuestras preferencias personales y hemos “nacido” de nuevo a una vida de consagración para la Misión, tomando como guía y compañero de viaje a Daniel Comboni.

En este momento llevamos en nuestro equipaje la experiencia de un recorrido misionero que es ya parte inalienable de nuestra historia personal y comunitaria. En este recorrido Comboni es para nosotros una mediación específica para nuestro continuo crecimiento en Cristo y en la identidad carismática; es por tanto una presencia que experimentamos en una triple dirección: de Padre y Fundador, de intercesor, de inspirador de audacia misionera.

A fin de permanecer insertos, profundizar y progresar en este camino de dedicación evangélica, necesitamos:

- abandonar la superficialidad de las vicisitudes históricas y de nuestra propia vida;
- bajar en la profundidad de nuestro espíritu;

<sup>1</sup> I Consigli Generali dei 3 Istituti Comboniani, 10 ottobre 2003

<sup>2</sup> Mensaje de los Consejos Generales..., MCCJ BULLETIN, Abril 203, p.32  
Cf anche AC '97, 1-3

- encontrarnos con nosotros mismos y así
- vivir en un estado de conciencia despierta, que nos permita
- *recordar y recordando,*
- abrirnos a la acción del Espíritu Santo (cf. AC 97, 24).

El recordar, en cuanto nos libra del riesgo de encontrarnos *en una especie de vacío y de intolerable aislamiento* (E 2698), nos mantiene en continuo proceso de crecimiento y renovación, que crea en nosotros energías que nos permiten comenzar siempre de nuevo el camino de la Misión, enfrentando los desafíos del momento presente.

En efecto, a fin de que se dé un proceso de continuo crecimiento y renovación, hay que realizar una vinculación armoniosa entre tres componentes:

- el encuentro con las raíces de su propia origen,
- la identidad en el presente,
- la proyección hacia el futuro (ideales, motivaciones...).

También el comboniano/a, por tanto, recomenzando a caminar desde Cristo que lo llama a la santidad para la actividad misionera (cf NMI 29-41) siguiendo las huellas de Daniel Comboni, necesita cultivar una memoria grata del pasado, vivir con pasión en la paciencia su presente y abrirse con confianza al futuro (cf NMI 1b). Comprometido/a en este dinamismo, cada misionero/a acoge con toda su vida la orden de Jesús de remar mar adentro, de mirar hacia adelante, buscando con una fe valiente cada día *el propio camino de santidad en el servicio misionero*. Así, la comunidad comboniana se propone al mundo como una comunidad misionera empeñada en encontrar respuestas adecuadas a los desafíos del momento actual.

Si es verdad que replegarse nostálgicamente sobre sus propias raíces es causa de estancación y de pérdida de visión histórica y de vitalidad, es también verdad que el olvido o la ignorancia de sus propios orígenes genera incertidumbre, empobrece la identidad individual y de grupo y por tanto la concordia del mismo grupo en su camino hacia nuevas metas como respuesta a los retos de la historia.

En el hacer memoria del Fundador, de los hermanos/as, de la Nigrizia, revive en nosotros la frescura de nuestra vocación (*“el convencimiento de la seguridad de la Vocación ”*), nace en nuestro corazón la alabanza al Señor y la necesidad de purificar nuestra propia memoria.

El dinamismo que se lleva a cabo haciendo memoria, es el único antídoto contra una cierta sensación de pesimismo, de resignación y casi de impotencia frente a las actuales urgencias de la evangelización (cf AC '97, 9) y a la vez contra una cierta filosofía de la globalización que volatiliza la vida, pretendiendo prescindir de lo particular, esto es de las raíces, de la memoria, de las tradiciones, de las culturas locales, del sentido de pertenencia a la comunidad... El mismo Jesús, Salvador universal, alcanza la universalidad de los hombres mediante lo particular. Él, en efecto, eterno Hijo del Padre, no se hizo hombre genéricamente, sino hombre hebreo siervo-pobre-perseguido y crucificado. Jesús es el hombre extremadamente “solo”, único, particular, que desde esta soledad voluntaria abierta a la solidaridad con toda la humanidad alcanza la plena universalidad y se torna el Señor del universo.

En esta óptica, asumir la interculturalidad inherente a la globalización y a las nuevas áreas vocacionales de nuestro Institutos, no significa un atiborrarse de conocimientos enciclopédicos sobre las otras culturas, el folklore, etc. La vida en la interculturalidad nace de la capacidad de recordar y saber narrar a sí mismo las propias orígenes históricas, la propia vida, las personas que forman el tejido de nuestra vida, la propia experiencia... Sin embargo, debe ser una capacidad de recordar y narrar acompañada por el deseo de escuchar y aprender de la narración del “otro”, creando así una relación de reciprocidad entre las personas, de condición de dones en la gratuidad. Nace entonces la comunidad como grupo de personas fundado, ante todo, en la condición de la vida, en la cultura del don de sí, en la cual se comparten los valores de la vida y también las tareas y las responsabilidades.

Objeto primario de nuestro hacer memoria que funda nuestro estar juntos, es Dios vivido y narrado en sintonía con el espíritu que guió Daniel Comboni en su camino misionero.

**\*Dt 8, 2-18; 1Tim 2, 8:**

*“Acuérdate del Señor tu Dios...  
acuérdate de Jesucristo, Buen Pastor del Corazón Traspasado...  
recuerda el camino que el Señor, tu Dios,  
te ha hecho recorrer en el camino de la Misión  
que ha abierto por medio de su siervo Daniel Comboni”.*

Recordar a Dios en sintonía con Daniel Comboni significa ponernos a la escucha del beato Daniel Comboni, el cual nos narra ante todo a *Dios en su Misterio Trinitario*, que nos consagra con él al servicio misionero:

*“El católico, acostumbrado a juzgar las cosas con la luz que le viene de lo alto, miró a Africa no a través del miserable prisma de los intereses humanos, sino al puro rayo de su Fe; y descubrió allí una miríada infinita de hermanos pertenecientes a su misma familia, por tener con ellos un Padre común arriba en el cielo, encorvados bajo el yugo de Satanás y al borde del más horrendo precipicio.*

*Entonces, llevado por el ímpetu de aquella caridad encendida con divina llamarada en la falda del Gólgota, y salida del costado del Crucificado para abrazar a toda la familia humana, sintió que se hacían más frecuentes los latidos de su corazón; y una fuerza divina pareció empujarle hacia aquellas lejanas tierras para estrechar entre sus brazos y dar un beso de paz y de amor a aquellos infelices hermanos suyos”<sup>3</sup>. (E 2742).*

El Dios de este Misterio

- es el Dios de la vida, el Padre de todas las gentes, que es autor de la “más noble aventura”, que consiste precisamente en la “ardua y difícil vocación” de proclamar la Buena Noticia a todos los pueblos;
- es el Dios de la vida que se manifiesta a nosotros en el Corazón Traspasado de Jesús, Buen Pastor;
- es el Dios que, uniéndonos al Corazón de Cristo y a su Cruz, transforma nuestro corazón haciéndolo capaz de “hacer causa común con los más pobres y abandonados”.

Aprender el Misterio de Dios bajo la guía del Beato D. Comboni nos lleva a:

- permanecer en continuo crecimiento en la identificación vocacional: RV 81-82; 85;
- individuar la *presencia providente* de Dios en nuestra propia vida, en nuestra comunidad y en el mundo de hoy trastornado por contrastes interplanetarios, pero que no cesa de buscar el camino de la salvación (cf AC '97, 3-9);
- vivir con la certeza de ser habitados por una PRESENCIA que es Providencia y que, por tanto, da sentido a nuestra vida, hecha de sucesos pero también de acontecimientos que nos parecen en contraste con nuestro camino de dedicación misionera (cf AC '97, 5-9);
- vivir nuestra consagración misionera como don y como respuesta responsable a la gratuidad de la llamada divina y así encontrar nuevo vigor para nuestra consagración “ad vitam” para la Misión “ad gentes” (RV 10.1; 13.1; AC '97, 14);

---

<sup>3</sup> *Piano per la rigenerazione dell'Africa*, Torino 1864 (prima edizione italiana) => E 2742.  
RV 20-21; 46; 56; VC 17-22.

- aprender a tener los ojos fijos en el Corazón Traspasado de Jesucristo para compartir sus latidos ante el dolor, las ansias, las alegrías y las victorias de los pueblos a quienes nos envía (cf AC '97, 12-14);
- saber sacar del archivo de nuestro corazón cosas antiguas y cosas nuevas, que nos comprometan con entusiasmo en el presente y que nos proyecten con esperanza hacia el futuro (AC '97, 13).

**La finalidad y los ámbitos** de nuestro recordar nos los sugiere la Exhortación Apostólica “*Vida Consagrada*” en los números 36-37, donde nos invita a la fidelidad al carisma y a la fidelidad creativa.

Hacer memoria, en efecto, significa volver a nuestras raíces, de las cuales recibimos energías siempre nuevas que nos impulsan a profundizar nuestra identidad y a reavivar nuestro sentido de pertenencia a la Familia Comboniana. Significa reconocer que nuestra historia personal entró a hacer parte del camino misionero de la Iglesia mediante el Instituto, que nuestro nombre hace parte del árbol genealógico de esta familia misionera; significa, por tanto, tomar conciencia que en mi camino misionero no me encuentro solo sino que formo parte de una vida de generosa santidad misionera creada por Dios por medio de su siervo D. Comboni, que se extiende alrededor de mí y a través de mí...

La Virgen María nos enseña **cómo** recordar, para proseguir el camino, capaces de discernir y fomentar los dones que el Espíritu Santo otorga a todos, sin distinción de personas, promoviendo así una “Iglesia ministerial”: Lc 2, 12.51; He 1,12; RV 24; 47.3; AC’ 97, 18.

### **Para la reflexión personal**

1. Dt 8: *Recuerda el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer...*
- Haz volver a tu memoria los últimos años de tu vida: en la Misión, en la provincia, en tu comunidad.... En este recorrido busca el hilo conductor trazado por la mano providente de Dios Padre... y dale gracias, porque donde abundaron las dificultades, sobreabundó su amor...
2. 2Tim 2, 1-14: *Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos ...*
- y acoge la **pro-vocación** que viene del sufrimiento a través del cual has pasado o estás pasando...
3. *Aprende a recordar con la Virgen María: Lc 2, 19.51; He 1, 12; RV 24; 47.*